

# “EL PÁNICO POLÍTICO”, DE PHILIPPE LACOUE-LABARTHE Y JEAN-LUC-ILICU

DANA ROSENZVIT  
PÁGINAS 250 - 254

“El pánico político” (2014) está compuesto por dos textos producidos en conjunto por Phillippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc-Nancy en el marco de un trabajo que a partir de la década de 1980 estuvo dedicado a la pregunta por lo político y la cuestión de la relación que le es inherente. Los dos textos aquí publicados, “El pánico político” y “El pueblo judío no sueña”, fueron elaborados en 1979 y en 1980 respectivamente, y representan el trabajo de los autores en la búsqueda de los límites que la noción de relación implica para el sujeto freudiano y para el psicoanálisis como tal. La traducción al español fue hecha por Nicolás Gómez y Cristóbal Durán Rojas, autor del epílogo del libro titulado *Lo político, la retirada de la relación*.

## EL PÁNICO POLÍTICO

En *El pánico político*, Lacoue-Labarthe y Nancy (2014) problematizan la relación entre el psicoanálisis y lo político a través de la lectura de “La psicología de la masas y análisis del yo” (1986d), obra en la que Freud desarrolla su análisis de la cultura, e introduce una doble relación de contrariedad en tanto aparece como un simple reflejo del psicoanálisis y como su repetición en una escena más amplia. La escena del otro, el espacio del no-sujeto, que aparece con el análisis de la cultura y a través de la relación con lo político, será entendida por los autores como el límite que traza la identidad del psicoanálisis. La pregunta por el *socius* desborda al psicoanálisis siendo inherente al yo pero imposible para Narciso; en este sentido, el pánico es la esencia de la masa en tanto Narcisos extraños que se relacionan sobre el fondo de una no-relación, cuya alteridad se inscribe a partir de la muerte del otro. La noción freudiana de identificación aparece entonces como “la limitación de la no-relación y como el lazo político fundamental” (Lacoue-Labarthe y Nancy, Op. cit.: 28) y, sin embargo, presenta interrogantes para el psicoanálisis: ¿cómo limitar a Narciso?; ¿cuál es la naturaleza de la identificación que en tanto primera manifestación afectiva con un otro es del orden del ser y no del tener? Se busca, entonces, limitar la presuposición del sujeto como ya dado en la relación. Sujeto, que en la obra de Freud adquiere la doble figura del organismo social y del Jefe, reintroduciendo lo político en el límite del psicoanálisis que implica la identificación. Lacoue-Labarthe y Nancy analizan el movimiento por el cual a través de la erección del Poder-Padre, Freud presupone tanto a la masa como a la persona.

Habiendo planteado el problema, el análisis continúa a partir de la lectura de “Totém y Tabú” (1986c) y “Moisés y la religión monoteísta” (1986b). Los autores recorren (o más bien sondan con cuidado) la historia de la noción de identificación, que implica incorporación, apropiación y negación a través de la relación y no-relación con el otro, encontrando en su origen una socialidad alterada. Esto implica que “el problema del inconsciente nunca es otro que el de lo colectivo” (Lacoue-Labarthe y Nancy, Op. cit.: 36), introduciendo un conflicto irresoluble con el paradigma del sujeto en el que se apoya el psicoanálisis. Se plantean entonces dos grandes interrogantes: la Muerte y la Madre. La experiencia de la muerte aparece siempre como la experiencia del otro, como la experiencia identificatoria. En este sentido, el otro nunca “es” en primer lugar más que su propia retirada<sup>1</sup>, retirada que constituye al amor, alteración de origen (Ibíd.: 51-52). Se sigue así que sólo puede haber Padre después de la muerte del otro en tanto mimesis de la retirada del amor, y que “todo comienza con el despunte infinitamente originario de los Narcisos, a través de lo cual se sella su no-relación” (Ibíd.: 52). Con “Moisés...” Freud realiza una triple institución social entre el doble tabú totémico de la Madre y el Padre, y el reconocimiento de los derechos iguales de quienes forman parte del banquete, producto del asesinato sacrificial indefinidamente repetido, derecho que exhibe tanto la ineluctable desujeción como la imposibilidad del narcisismo. En tanto se habla de mito, el ser-con-el-otro constituye el mitante (mutante) por excelencia, y es en esta mitación que imprime la retirada que se hace posible el acceso al lenguaje a través del proceso incisivo de la identificación freudiana (Ibíd.: 57).

Para finalizar, los autores abordan el interrogante de la Madre. Éste aparece en tanto la retirada de su rostro constituye la “culpa” frente a la cual hay que sostenerse, siendo que la retirada misma exige que surja una figu-

ra a condición de que ninguna figura sea lo que no puede ser: la exhibición del rostro mismo. De esta manera surge la necesidad de que a partir de la retirada se dibuje y se decida una figura, no rostro de amor, sino su contorno que se retira y se vuelve a trazar (Ibíd.: 58). Según los autores, de esta manera Freud se sustrae a la construcción de un modelo político y declara que ninguna mutación se hace por modelo, sino por despunte, llevando al psicoanálisis a la práctica del límite.

## EL PUEBLO JUDÍO NO SUEÑA

Con el objetivo de responder a la pregunta de qué le hace la socialidad originaria al psicoanálisis y éste, desplazado y desbordado, a la cuestión política, los autores vuelven sobre “Moisés...” de Freud, obra que representa el movimiento por el cual el psicoanálisis pasa su propio límite, es erigido en identidad de lo verdadero, al tiempo que esa identidad es de-constituida mediante aquella misma verdad. Que el pueblo judío no sueñe, implica que su identificación con el Padre no se da a través de la adhesión a una figura y que su análisis implica la importación del concepto de inconsciente en términos colectivos. Frente al sueño se erige el Witz, en tanto problemática de la imitación y la identificación, condición colectiva que mejor realiza el pueblo judío, y que lleva a Freud más allá del principio de identidad. Los autores determinan en este punto la suspensión del análisis de la identificación en Freud, en tanto elemento más propio de la socialidad que se le resiste y escapa en toda su obra; continuando con lo realizado en “El pánico político” intentan en este texto reconstruirlo y localizarlo.

*La identificación como lazo afectivo implica el lazo social fundamental y tiene como característica la ambivalencia: inaccesible para una aprehensión directa, es la única manifestación de la pulsión. Verdadera calificación del inconsciente, es también lo que accede directamente a la consciencia sin pasar por lo preconscious. (...) El afecto es el inconsciente como consciente y apela a lo que habría que llamar retirada de origen más arcaica que cualquier represión. El inconsciente está desestructurado como un afecto. (Ibíd.: 66)*

Es en este sentido que la ambivalencia es el afecto de doble identidad, la duplicación constitutiva del afecto, “la pulsación de una escisión que adviene como incisión, la incisión incisiva cuyo proyecto sería un sujeto y por consiguiente, al salir ese sujeto afuera, un objeto” (Ibíd.:67). La identidad originada en el afecto está alterada en su principio, en su origen sin origen, que tiene como corazón a la indisociable socialidad. El principio de identidad de Freud intenta bloquear el hecho de que la afeción identificatoria solamente adviene en la retirada de identidad. Retirada en tanto acto de aparecer en cuanto desaparición, escisión de la superficie de un yo que se retira de una materia social. El afecto fundamental es, entonces, el afecto de una disociación que en tanto primitivo no tiene primitividad. En este sentido, la figura de Narciso aparece como el objeto mismo de la teoría, necesario para asegurar la identidad del psicoanálisis que precisa de un Padre como aquel que siempre ya se ha identificado. Los autores se preguntan entonces por la sustancia materna, dado que en el banquete totémico lo dislocado es la figura del Padre, pero lo disociado e incorporado que constituye semejantes y los disocia es la sustancia materna común. La unidad materna como separación implica “la retirada de la figura que traza el espacio de la dislocación, el espacio del otro” (Ibíd.: 72). En este sentido, los autores entienden que la socialidad originaria se trata de una identificación con la retirada de la identidad, identificación que remite “a la vez, a una diferencia sexual indefinidamente reconducida hacia antes de su propia instauración y a una alteración de esa diferencia en una identidad”, lo que significa que “nada tiene lugar más que entre sujetos por venir” (Ibíd.: 73, itálicas de los autores), implicando la ruina de la lógica misma de la noción de identificación freudiana.

---

1 El concepto de retrait implica a lo largo de todo el libro dos sentidos: retirada y re-trazo como repetición del trazo o de la marca.

La muerte a través del asesinato es el lazo disociador que asocia a los hermanos, garante de una socialidad no pre-existente que implica la ambivalencia de la disociación y a la que el Padre, la figura, sólo puede suceder. Con y contra Freud, los autores dirán que la segunda tópica da cuenta de este movimiento en tanto el súper yo, instancia social del yo, es la instancia de lo doble en el yo, que tiene lugar en el espacio de la disociación en la que una identificación con la retirada de la identidad (sustancia materna), duplica una identificación con la figura (el Padre); la incorporación y la imitación se duplican indefinidamente porque ninguna es originaria. (Ibíd.: 76-77).

Surge entonces, otra vez, la pregunta por la posición del psicoanálisis, frente a la cual “Moisés...” aparece como el esfuerzo de Freud por “reelaborar la teoría analítica de la sociedad a través de una problemática histórico política” (Ibíd.: 87). Y, sin embargo, es a través de esta obra que los autores se encuentran repetidamente con los límites de la práctica fundada por Freud. En “Moisés...” Freud se pregunta por la identidad judía a la cual somete: a un gesto de desapropiación, determinando que lo propio del judío no es judío sino que ha sido modelado por la figura de Moisés que es extranjero; así como al gesto inverso por el cual asegura la existencia de un “carácter judío”, ficción de Moisés. En la obra freudiana, el pueblo deviene judío tras haber matado a Moisés, pero su asesinato es históricamente latente, significa la repetición en acto de los asesinatos primitivos, la condición para perpetuar la socialidad, implicando así que el origen no sólo es segundo, sino que es repetición, incesante división. El asesinato, primitivo, colectivo, “es siempre la imposible identificación del otro, si no como el Otro muerto del que procede luego el conocimiento recíproco” (Ibíd.: 99, *itálicas de los autores*). La prohibición del pueblo judío de representar (al dios asesinado, o de re-presentar el asesinato) que implica para Freud la sublimación misma, el acceso a la ética, es la condición de posibilidad del reconocimiento del otro; verdad, que al no haber sido reconocida, “implica la dis-sociación paradójicamente constitutiva de la socialidad humana” (Ibíd.: 99). La retirada y lo infigurable aparecen como las condiciones de posibilidad de la noción de identificación, mimesis de la incisión provocada por la no-relación con el otro, origen siempre segundo y en repetición del pánico político y teórico, límite del psicoanálisis, ficción de Freud.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- FREUD, S. (1986a). *El chiste y su relación con lo inconsciente. En Obras completas, vol. VIII.* Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1986b). *Moisés y la religión monoteísta. En Obras completas, vol. XIII,* Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1986c). *Tótem y Tabú. En Obras completas, vol. XIII.* Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1986d). *Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras completas, vol. XVIII.* Buenos Aires: Amorrortu.
- LACOUÉ-LABARTHE, P. Y NANCY, J.C. (2014). *El pánico político.* Buenos Aires: Ediciones La Cebra y Editorial Palinodia.